

APRENDIZAJE

El aprendizaje es un proceso dinámico y continuo que permite a los individuos adquirir, retener y aplicar conocimientos y habilidades a lo largo de sus vidas. Este proceso no solo se basa en la asimilación de información, sino que también involucra una serie de aspectos fundamentales, como la motivación, que impulsa a los estudiantes a aprender; la atención, que determina qué información se procesa; y la memoria, que facilita la retención y recuperación de conocimientos. Estos factores interactúan de manera compleja, influyendo en la eficacia del aprendizaje (De la Cruz *et al.*, 2022).

Existen diversos tipos de aprendizaje, que van desde el aprendizaje significativo, en el que se relacionan nuevos conocimientos con experiencias previas, hasta el aprendizaje por imitación, que se basa en la observación de otros individuos. En este contexto, los modelos teóricos del aprendizaje, como el constructivista, el conductista, el aprendizaje por descubrimiento y el aprendizaje social, ofrecen diferentes enfoques para comprender cómo se produce el aprendizaje. El modelo constructivista enfatiza la construcción activa del conocimiento por parte del estudiante, mientras que el conductismo se centra en la relación entre estímulos y respuestas. Por su parte, el aprendizaje por descubrimiento fomenta el aprendizaje autónomo y la curiosidad, y el aprendizaje social resalta la importancia de la interacción y la observación en el proceso educativo (Poveda-Pineda & Cifuentes-Medina, 2020).

Siguiendo a Olivo *et al.* (2023), la identificación de los estilos de aprendizaje también juega un papel crucial, ya que permite a los educadores personalizar la enseñanza para satisfacer las necesidades individuales de los estudiantes. Sin embargo, es esencial considerar las principales dificultades en el aprendizaje, como la dislexia o el TDAH, que pueden afectar el rendimiento académico. Por último, el aprendizaje se produce en un contexto social que influye de manera significativa en la adquisición de conocimientos, donde la interacción con otros, la cultura y el entorno enriquecen el proceso educativo. En este sentido, el aprendizaje no es un fenómeno aislado, sino que se construye colectivamente y se ve profundamente impactado por las dinámicas sociales y culturales en las que se desenvuelven los individuos.

3.1. Aspectos fundamentales sobre el aprendizaje

Como señalan De la Cruz *et al.* (2022), el aprendizaje es un proceso multifacético y fundamental en la vida humana, que abarca desde la adquisición de conocimientos hasta la internalización de actitudes y valores. Este proceso involucra diversas áreas del conocimiento como la psicología y la neurociencia, que estudian cómo las personas asimilan, retienen y aplican información. El aprendizaje no se limita a lo académico; también

engloba el desarrollo de habilidades, lo que permite a los individuos adaptarse y enfrentar nuevos desafíos tanto en el ámbito personal como profesional.

Para Valera *et al.* (2023), uno de los aspectos clave del aprendizaje es su naturaleza constructiva. El aprendizaje es continuo y está basado en la experiencia, el estudio y la instrucción. A través de estos medios, se adquiere el conocimiento que puede ser declarativo (información sobre hechos y conceptos) o procedimental (habilidades prácticas). Además, las habilidades se desarrollan a medida que los individuos mejoran su capacidad para ejecutar tareas de manera eficaz y eficiente. Estas habilidades pueden ser técnicas, sociales o cognitivas, dependiendo del contexto.

Además, el aprendizaje no es solo la acumulación de información y habilidades, sino también la formación de valores y actitudes. Los valores son creencias fundamentales que guían el comportamiento, mientras que las actitudes influyen en la forma en que las personas perciben e interactúan con el mundo. En conjunto, estos elementos forman el núcleo de la adaptación social y personal, permitiendo a los individuos enfrentarse a las diversas situaciones que la vida les presenta y actuar en consonancia con sus principios y creencias (Poveda-Pineda y Cifuentes-Medina, 2020).

Autores como Bonilla *et al.* (2020) sostienen que el proceso de aprendizaje está influido por una amplia variedad de factores internos y externos que determinan la eficacia y profundidad de lo aprendido. Entre los factores internos, la motivación es clave, pues el deseo de alcanzar metas impulsa el esfuerzo y el interés por aprender. A su vez, los intereses personales guían el enfoque hacia temas que resultan más atractivos, haciendo que el proceso sea más ameno y efectivo. La personalidad del individuo también desempeña un papel central, ya que ciertas características como la curiosidad o la persistencia influyen en la manera de abordar los nuevos conocimientos.

Por otro lado, Hernández *et al.* (2021) indican que el estado emocional es otro factor interno que incide profundamente en el aprendizaje. Las emociones positivas como la confianza o la alegría promueven una mejor asimilación de la información, mientras que las emociones negativas, como la ansiedad o el miedo, pueden bloquear o reducir la capacidad de retener información. Las personas que experimentan un equilibrio emocional tienden a aprender de manera más efectiva, ya que están más abiertas a enfrentar desafíos cognitivos y sociales sin temor a fracasar.

Por otro lado, los factores externos también juegan un rol determinante. El entorno de aprendizaje influye en la concentración y motivación del estudiante. Un ambiente físicamente adecuado, con buena iluminación, comodidad y poco ruido, favorece la atención y la eficiencia del proceso. Además, el entorno social debe ser colaborativo, y propiciar interacciones que refuercen el aprendizaje a través del intercambio de ideas y la cooperación con otros (De la Cruz *et al.*, 2022).

El método de enseñanza y los recursos disponibles son factores externos que influyen directamente en la calidad del aprendizaje. Las metodologías que incluyen actividades

dinámicas, materiales visuales y experiencias prácticas facilitan la retención de información y el desarrollo de habilidades. La disponibilidad de recursos adecuados, como libros, tecnología o herramientas, también maximiza las oportunidades de aprendizaje, ofreciendo múltiples vías para acceder a la información y practicar lo aprendido (Bonilla *et al.*, 2020).

En resumen, el aprendizaje es un proceso complejo influenciado por factores internos, como la motivación, los intereses personales y el estado emocional, así como por factores externos, como el entorno de aprendizaje, los métodos de enseñanza y los recursos disponibles. Este proceso no solo implica la adquisición de conocimientos, sino también el desarrollo de habilidades, valores y actitudes que permiten una adaptación eficaz a diferentes contextos. Comprender estos factores y cómo interactúan es esencial para optimizar las experiencias de aprendizaje y mejorar el rendimiento académico y profesional.

3.2. Tipología del aprendizaje

Tal como señalan Rodríguez *et al.* (2023), la tipología del aprendizaje aborda las diferentes formas en que los individuos adquieren conocimientos y habilidades, lo que es esencial para comprender los procesos educativos. Cada tipo de aprendizaje responde a características y contextos específicos, desde el aprendizaje significativo, que integra nueva información con conocimientos previos, hasta el aprendizaje colaborativo, que se basa en la construcción conjunta de saberes. También incluye el aprendizaje autónomo, que fomenta la autogestión del proceso educativo, y el aprendizaje a lo largo de la vida, que enfatiza el carácter continuo del aprendizaje en la vida de las personas.

El aprendizaje significativo se caracteriza por la integración activa de nueva información con el conocimiento previo. A diferencia del aprendizaje memorístico, el aprendizaje significativo promueve una comprensión más profunda y duradera de los conceptos. Al relacionar la nueva información con esquemas cognitivos ya existentes, el aprendiz no solo retiene mejor los contenidos, sino que también puede aplicarlos en diversas situaciones. Esto es clave en entornos educativos, donde se busca que los estudiantes no solo recuerden datos, sino que comprendan y utilicen la información de manera crítica y contextualizada (Intriago-Cedeño *et al.*, 2022).

Además, Moncini & Pirela (2021) sostienen que el aprendizaje significativo implica un esfuerzo consciente por parte del aprendiz para vincular lo nuevo con lo conocido. El rol del docente es fundamental aquí, pues debe facilitar la construcción de conexiones y ayudar al alumno a establecer relaciones coherentes. Las técnicas como mapas conceptuales, discusiones guiadas y resolución de problemas son eficaces para promover este tipo de aprendizaje, ya que permiten a los estudiantes estructurar la información de forma más organizada y funcional.

En el aprendizaje colaborativo, los estudiantes trabajan en grupos para construir conocimiento de manera conjunta. El aprendizaje colaborativo fomenta la interacción social

y el intercambio de ideas, lo que enriquece el proceso de aprendizaje. La colaboración permite a los estudiantes confrontar diferentes puntos de vista, desarrollar habilidades de comunicación y mejorar su capacidad para resolver problemas en equipo. Este tipo de aprendizaje no solo promueve la adquisición de conocimientos, sino que también ayuda a fortalecer competencias sociales clave para el desarrollo personal y profesional (García-Chitiva, 2021).

Bilbao *et al.* (2022) puntualizan que otro aspecto importante del aprendizaje colaborativo es la responsabilidad compartida. En un entorno de colaboración, cada miembro del grupo asume un rol activo en el proceso, contribuyendo al logro de los objetivos comunes. Además, el docente actúa como facilitador, guiando a los estudiantes para que aprendan a trabajar juntos de manera efectiva. La retroalimentación entre compañeros es un componente esencial, ya que permite el aprendizaje mutuo y el refuerzo de ideas, al mismo tiempo que fomenta un ambiente de apoyo y cooperación.

A su vez, Pérez (2020) destaca que el aprendizaje autónomo se refiere a la capacidad del individuo para gestionar su propio proceso de aprendizaje, tomando decisiones sobre qué, cómo y cuándo aprender. Este tipo de aprendizaje es fundamental en una sociedad donde la información está en constante cambio, ya que permite a las personas adaptarse de manera eficiente a nuevos conocimientos y habilidades. En este proceso, el aprendiz asume un rol activo, estableciendo metas, buscando recursos y evaluando su progreso. La motivación intrínseca juega un papel crucial, ya que el éxito en el aprendizaje autónomo depende en gran medida del interés personal y la autodisciplina.

Este enfoque también requiere el desarrollo de habilidades metacognitivas, como la planificación, el monitoreo y la evaluación de las estrategias de aprendizaje. Los entornos educativos que fomentan la autonomía proporcionan a los estudiantes las herramientas necesarias para aprender de manera independiente, tales como el acceso a recursos digitales, orientación en la gestión del tiempo y la promoción de la autoevaluación. A largo plazo, el aprendizaje autónomo no solo aumenta la capacidad para adquirir nuevos conocimientos, sino que también fomenta una mentalidad de aprendizaje continuo y adaptabilidad (Ponce *et al.*, 2021).

Por otro lado, Ibarra-Sáiz & Rodríguez-Gómez (2020) añaden que el aprendizaje es un proceso continuo que se extiende más allá del ámbito escolar o universitario, ya que abarca toda la vida de una persona. En una sociedad en constante cambio, el aprendizaje a lo largo de la vida permite a los individuos mantenerse actualizados, mejorar sus habilidades y adaptarse a las nuevas exigencias laborales y sociales. Este enfoque promueve la flexibilidad y la resiliencia, ya que el aprendizaje no se limita a un entorno formal, sino que puede ocurrir en cualquier contexto, desde el trabajo hasta la vida cotidiana.

A su vez, Lázaro (2022) señala que el aprendizaje a lo largo de la vida abarca una amplia variedad de métodos y herramientas, incluyendo la educación formal, la capacitación en el trabajo, y el autoaprendizaje. Las tecnologías digitales han facilitado este tipo de

aprendizaje, proporcionando acceso a recursos educativos en línea, cursos a distancia y comunidades de aprendizaje virtuales. Este enfoque también fomenta el desarrollo personal y la satisfacción, ya que permite a las personas explorar sus intereses y mejorar continuamente sus habilidades, sin importar su edad o etapa de la vida.

La tipología del aprendizaje refleja la diversidad de formas en las que las personas adquieren conocimientos a lo largo de su vida. Comprender los diferentes tipos de aprendizaje permite adaptar estrategias educativas que potencien el desarrollo integral de los individuos. Cada enfoque, ya sea significativo, colaborativo, autónomo o continuo, responde a las necesidades y contextos específicos del aprendiz, facilitando una experiencia de aprendizaje más eficaz y personalizada. Esta variedad de formas de aprender es esencial para promover un crecimiento constante en todas las etapas de la vida.

3.3. Modelos teóricos del aprendizaje

De acuerdo con Giusto-Largaespada (2024), los modelos teóricos del aprendizaje son enfoques que buscan explicar cómo los individuos adquieren y procesan conocimientos. El modelo constructivista plantea que el aprendizaje es un proceso activo donde el individuo construye su propio conocimiento a partir de la interacción con el entorno. El modelo conductista, por su parte, se centra en el aprendizaje a través de estímulos y respuestas observables. El modelo de aprendizaje por descubrimiento promueve que el estudiante descubra principios por sí mismo, mientras que el modelo de aprendizaje social destaca el aprendizaje a través de la observación e imitación de otros.

3.3.1. Modelo constructivista

Seguindo a Vera *et al.* (2020), el modelo constructivista propone que el aprendizaje es un proceso activo y que el conocimiento se construye a partir de las experiencias previas del individuo. Jean Piaget y Lev Vygotsky, sus principales exponentes, subrayan que los estudiantes no son receptores pasivos, sino que participan activamente en la construcción de sus propios conocimientos. En este modelo, las experiencias, la resolución de problemas y el contexto son fundamentales para que el aprendiz cree significados relevantes que pueda integrar a su estructura cognitiva preexistente.

Una característica central del constructivismo es el aprendizaje significativo, en el que los nuevos conocimientos deben vincularse con las experiencias y esquemas cognitivos previos del estudiante para que el aprendizaje sea efectivo. Este proceso fomenta una comprensión más profunda, en contraste con la simple memorización. Además, el rol activo del estudiante es primordial; por ello, se espera que el aprendiz participe activamente en la exploración y construcción del conocimiento, ya sea mediante experimentación, discusión o resolución de problemas en un entorno que favorezca este proceso (Moreno, 2023).

Por otro lado, Arancibia *et al.* (2020) indican que el aprendizaje contextualizado es otra característica importante del constructivismo. Este modelo resalta que el conocimiento debe adquirirse en contextos reales y relevantes para el estudiante, lo que facilita la transferencia de habilidades a situaciones cotidianas o laborales. Además, el aprendizaje colaborativo es parte integral, ya que se construyen significados a través de la interacción social, algo que Lev Vygotsky destaca en su concepto de la “zona de desarrollo próximo”.

Por consiguiente, el modelo constructivista, al centrarse en el aprendizaje activo y la construcción personal del conocimiento, promueve un enfoque educativo donde el estudiante se convierte en el protagonista de su propio proceso. Este modelo fomenta el aprendizaje significativo, al vincular el nuevo conocimiento con experiencias previas, y destaca la importancia del contexto y la interacción social. En última instancia, el constructivismo impulsa a los alumnos a ser pensadores críticos y autónomos, mediante el desarrollo de habilidades que les permiten aplicar el conocimiento de manera efectiva en situaciones reales y complejas.

3.3.2. Modelo conductista

El modelo conductista, desarrollado a lo largo del siglo XX, se centra en el estudio de las conductas observables y en cómo estas pueden ser modificadas a través de estímulos externos. Este enfoque plantea que el aprendizaje es el resultado de la interacción entre el individuo y su entorno, donde se producen asociaciones entre estímulos y respuestas. Se fundamenta en la idea de que todo comportamiento puede ser explicado y predicho a través de la observación y el análisis de las conductas, lo que permite a los educadores implementar estrategias concretas para modificar el comportamiento de los estudiantes (Soto-Vergel *et al.*, 2020).

Aunado a ello, una de las características más distintivas del conductismo es su énfasis en la conducta observable, en contraposición a los procesos mentales internos. Este enfoque se basa en el principio del aprendizaje por asociación, que establece que una respuesta puede ser condicionada a un estímulo específico. Esto se ilustra con el famoso experimento de Iván Pávlov, donde un perro aprendía a salivar al escuchar una campana, asociando el sonido con la comida. En el ámbito educativo, los principios del refuerzo y el castigo son fundamentales para modificar conductas: los comportamientos deseados son reforzados para aumentarlos, mientras que los indeseados son castigados para disminuirlos, promoviendo así un aprendizaje mecánico basado en la repetición y la práctica (Arancibia *et al.*, 2020).

Guamán *et al.* (2022) señalan que el modelo conductista también ha sido criticado por su enfoque mecánico y su limitada consideración de los procesos cognitivos. Sin embargo, su legado persiste en muchas prácticas educativas contemporáneas, como el uso de técnicas de refuerzo positivo en el aula y la aplicación de sistemas de recompensa. B. F. Skinner han contribuido significativamente al desarrollo de este modelo, enfatizando la importancia

del entorno en el proceso de aprendizaje. A pesar de sus limitaciones, el conductismo sigue siendo un marco valioso para entender ciertos aspectos del comportamiento humano y la educación.

En conclusión, el modelo conductista ofrece una perspectiva valiosa sobre el aprendizaje al centrarse en la observación de conductas y la influencia del entorno en el comportamiento humano. Aunque ha sido criticado por su enfoque mecánico y por ignorar los procesos cognitivos internos, sus principios de asociación, refuerzo y castigo han sido fundamentales en el diseño de estrategias educativas eficaces. A través de la aplicación de técnicas conductistas, los educadores pueden moldear y dirigir el aprendizaje, contribuyendo a un entorno educativo más estructurado y predecible.

3.3.3. Modelo del aprendizaje por descubrimiento

El modelo del aprendizaje por descubrimiento, propuesto por Jerome Bruner, sostiene que los estudiantes aprenden de manera más efectiva cuando son activos en el proceso de descubrimiento de conceptos y principios, en lugar de recibir información de manera pasiva. Este enfoque se basa en la premisa de que la curiosidad innata del ser humano puede ser un motor potente para el aprendizaje. Al enfrentarse a situaciones problemáticas, los estudiantes pueden explorar, experimentar y buscar soluciones, lo que les permite desarrollar una comprensión más profunda y significativa de los conceptos. En este sentido, el aprendizaje se convierte en un proceso personal, donde cada estudiante construye su propio conocimiento a partir de sus experiencias (Hidalgo *et al.*, 2024).

Para Castillo-Rodriguez *et al.* (2020), el aprendizaje por descubrimiento es reconocido por el rol activo del estudiante. Al fomentar un ambiente en el que los alumnos pueden explorar y experimentar, se les anima a formular preguntas, formular hipótesis y, en última instancia, encontrar respuestas por sí mismos. Este enfoque promueve la curiosidad intelectual y la motivación intrínseca, elementos fundamentales para un aprendizaje duradero. Además, los estudiantes desarrollan habilidades críticas, como el pensamiento analítico y la resolución de problemas, que son esenciales no solo en el ámbito académico, sino también en la vida diaria y en el futuro laboral.

El rol del docente en este modelo es fundamental, dado que actúa como facilitador del proceso de aprendizaje. En lugar de proporcionar respuestas directas, el docente guía a los estudiantes mediante preguntas abiertas y les ofrece recursos que les permitan investigar y reflexionar sobre los conceptos. De esta manera, se crea un entorno de aprendizaje dinámico y participativo que estimula el interés y la creatividad. Esta relación de colaboración entre docentes y estudiantes favorece una enseñanza más efectiva y personalizada, en la que cada estudiante puede avanzar a su propio ritmo y según sus propios intereses (Varela *et al.*, 2021).

En síntesis, el modelo del aprendizaje por descubrimiento se presenta como una metodología poderosa que fomenta la curiosidad y la exploración activa en los estudiantes. Al permitir que los aprendices descubran conceptos y soluciones por sí mismos, se promueve una comprensión más profunda y duradera del contenido. La figura del docente, como facilitador, es esencial en este enfoque, ya que guía y estimula la búsqueda del conocimiento, creando un ambiente propicio para el aprendizaje significativo. En un mundo en constante cambio, este modelo no solo prepara a los estudiantes para el éxito académico, sino que también los dota de habilidades cruciales para la vida.

3.3.4. Modelo del aprendizaje social

Según Valenzuela & Miño (2021), el modelo del aprendizaje social, desarrollado por Albert Bandura, sostiene que gran parte del aprendizaje humano ocurre a través de la observación e imitación de los comportamientos de otros. Este enfoque destaca que las personas no solo aprenden a través de experiencias directas, sino también al observar a los demás en su entorno, lo que permite que se internalicen comportamientos y actitudes. Este proceso se ve influido por varios factores, como la atención, la retención y la reproducción, lo que sugiere que el aprendizaje no es simplemente un proceso pasivo, sino una actividad activa donde el aprendiz desempeña un rol fundamental.

Asimismo, para Muquis (2022), el aprendizaje social posee una característica relevante: el concepto de modelado, en el que los individuos imitan comportamientos observados en modelos, que pueden ser figuras de autoridad, compañeros o incluso personajes mediáticos. Este modelado no solo implica la repetición de acciones, sino también la comprensión de los resultados que dichas acciones generan. Por ejemplo, un estudiante que observa a un compañero resolver un problema de matemáticas puede aprender tanto la estrategia como la confianza necesaria para abordarlo, especialmente si ve que su compañero recibe refuerzo positivo por su esfuerzo.

El refuerzo vicario es otro elemento crucial en este modelo; implica que los individuos aprenden al observar las consecuencias de las acciones de los demás, lo que los ayuda a ajustar su propio comportamiento. Además, el concepto de autoeficacia, que se refiere a la creencia en la capacidad de uno mismo para realizar tareas específicas, es fundamental en el aprendizaje social. Cuando las personas ven a otros tener éxito, su propia percepción de competencia se refuerza, lo que puede motivarlos a intentar actividades similares. En este sentido, el aprendizaje social no solo tiene implicaciones para el ámbito académico, sino también para el desarrollo personal y profesional, al fomentar la adaptación y la resiliencia en diversas situaciones de la vida cotidiana (Hernández-Suárez *et al.*, 2024).

En definitiva, el modelo del aprendizaje social desarrollado por Albert Bandura, subraya la importancia de la observación e imitación en el proceso educativo. Este enfoque no solo se centra en la adquisición de habilidades a través de la experiencia directa, sino que también reconoce el papel fundamental que juegan los modelos en la formación

de comportamientos y actitudes. Al enfatizar el aprendizaje observacional, el modelado y el refuerzo vicario, este modelo proporciona un marco valioso para entender cómo se desarrollan las habilidades sociales y académicas, así como la autoeficacia del aprendiz. En un mundo cada vez más interconectado, las implicaciones de este modelo son relevantes en diversas áreas, desde la educación hasta el desarrollo personal.

3.4. Estilos de aprendizaje

Los estilos de aprendizaje son esenciales para comprender cómo los individuos asimilan información y desarrollan habilidades. En el ámbito educativo, reconocer que los estudiantes poseen preferencias distintas para aprender, puede mejorar significativamente la efectividad de la enseñanza. Esta diversidad se refleja en la manera en que las personas procesan la información, lo que implica que un enfoque único para la instrucción puede no ser suficiente para satisfacer las necesidades de todos los alumnos. Así, las estrategias de enseñanza deben ser adaptativas y considerar las modalidades preferidas de aprendizaje de cada estudiante (Olivo *et al.*, 2023).

Aunado a ello, Avendaño *et al.* (2021) sostienen que, dentro de los estilos de aprendizaje, el estilo visual se destaca por su enfoque en representaciones gráficas. Los aprendices visuales tienden a retener mejor la información cuando se les presenta en forma de diagramas, imágenes o videos. Por ejemplo, utilizar mapas mentales o infografías puede facilitar la comprensión de conceptos complejos al permitir que los estudiantes visualicen las relaciones entre ideas. Este estilo también se beneficia de técnicas como el uso de colores y formas, que ayudan a organizar la información de manera efectiva y memorable.

Por otro lado, Juárez (2020) indica que los aprendices auditivos se benefician de la interacción verbal y la escucha activa. Este grupo tiende a captar la información a través de debates, presentaciones orales y grabaciones; asimismo, prefiere discusiones que les permitan reflexionar y compartir ideas. La incorporación de audiolibros, *podcasts* y clases interactivas puede potenciar el aprendizaje de estos estudiantes, al proporcionarles un ambiente donde se sientan cómodos y motivados para participar. Por último, los aprendices kinestésicos, que aprenden mejor a través de la experiencia práctica, requieren actividades que involucren el movimiento y la manipulación de objetos, como laboratorios y juegos educativos. Estas experiencias son cruciales para que asimilen y retengan el conocimiento de manera efectiva.

Además de la clasificación tradicional de estilos de aprendizaje, el modelo de Kolb se destaca por su enfoque en la experiencia directa como fundamento del aprendizaje. Este modelo describe cuatro estilos: divergente, asimilador, convergente y acomodador. Cada uno de estos estilos surge de la combinación de dos dimensiones: la percepción (concreta o abstracta) y el procesamiento (activa o reflexiva). Por ejemplo, los aprendices divergentes se destacan en la generación de ideas creativas y disfrutan de la reflexión, mientras que los convergentes tienden a aplicar teorías a problemas prácticos. Este enfoque permite a

los educadores entender cómo los estudiantes interactúan con el material y cómo se puede optimizar la enseñanza para diferentes tipos de aprendices (Olivo *et al.*, 2023).

A su vez, el modelo de Honey y Mumford ofrece una clasificación activista, reflexiva, teórica y pragmática. Cada estilo refleja preferencias específicas en relación con el aprendizaje. Los activistas prefieren la acción y el aprendizaje experiencial, mientras que los reflexivos valoran la observación y la reflexión crítica sobre las experiencias. Los teóricos se enfocan en modelos y conceptos que los ayuden a entender el material, mientras que los pragmáticos buscan aplicar lo aprendido en situaciones reales. Este modelo enfatiza la necesidad de diseñar actividades que abarquen todos estos estilos, asegurando que todos los estudiantes tengan la oportunidad de participar y beneficiarse del proceso de aprendizaje (Acevedo, 2020).

En este contexto, Avendaño *et al.* (2021) puntualiza que conocer los estilos de aprendizaje es fundamental para mejorar la educación y el desarrollo profesional. Para los estudiantes, reconocer su propio estilo les permite personalizar sus métodos de estudio y maximizar su rendimiento académico. Por su parte, los docentes pueden diseñar lecciones que consideren las diferentes preferencias de aprendizaje, lo que genera un entorno más inclusivo y estimulante. En el contexto laboral, las organizaciones que comprenden los estilos de aprendizaje de sus empleados pueden implementar programas de capacitación más efectivos, mejorando no solo la formación individual, sino también la colaboración y comunicación dentro de los equipos. Este enfoque integral al aprendizaje contribuye a una cultura organizacional más dinámica y adaptable.

Aunque, según Roque *et al.* (2023), los estilos de aprendizaje ofrecen un marco interesante para entender cómo los individuos prefieren adquirir conocimiento, también presentan limitaciones significativas. En primer lugar, investigaciones recientes sugieren que la correlación entre los estilos de aprendizaje y el rendimiento académico no es tan fuerte como se pensaba anteriormente. Esto significa que etiquetar a un estudiante como un “aprendiz visual” o “auditivo” podría no ser suficiente para prever su éxito en un entorno educativo. En su lugar, otros factores, como la motivación intrínseca del estudiante, su nivel de inteligencia y las oportunidades de aprendizaje disponibles, pueden tener un impacto más significativo en su capacidad para aprender de manera efectiva.

Además, Juárez (2020) determina que centrarse excesivamente en los estilos de aprendizaje puede llevar a una enseñanza que limite la exposición de los estudiantes a métodos diversos y valiosos. Si bien es importante reconocer y adaptarse a las preferencias de los estudiantes, el riesgo de estancarse en un enfoque único puede impedir que los educadores utilicen estrategias pedagógicas más integrales y efectivas. En este sentido, se argumenta que el aprendizaje es un proceso multifacético que se beneficia de un enfoque holístico, en el que se consideran no solo los estilos de aprendizaje, sino también las experiencias previas, el contexto social y cultural, y las características individuales de cada estudiante.

En conclusión, los estilos de aprendizaje proporcionan un marco valioso para comprender las preferencias individuales en el proceso educativo, destacando la diversidad en la forma en que los estudiantes adquieren y procesan información. Sin embargo, es fundamental reconocer sus limitaciones, ya que no abarcan todos los factores que influyen en el aprendizaje, como la motivación, las experiencias previas y el contexto social. Por lo tanto, un enfoque más holístico que integre diversas estrategias pedagógicas puede resultar más efectivo, fomentando así un aprendizaje significativo y enriquecedor para todos los estudiantes.

3.5. Principales dificultades en el aprendizaje

Las dificultades de aprendizaje son desafíos significativos que afectan a muchos individuos en su capacidad para adquirir y aplicar habilidades fundamentales como la lectura, la escritura y el razonamiento (Cobeñas, 2021). Estas dificultades pueden manifestarse de diferentes maneras: desde problemas específicos con ciertas materias hasta dificultades generales que afectan el rendimiento académico y la autoestima del individuo. Reconocer y abordar estas dificultades es crucial, ya que pueden influir no solo en el ámbito escolar, sino también en la vida diaria y en la interacción social de quienes las experimentan.

Para Cardona (2022), las causas de las dificultades de aprendizaje son variadas y pueden clasificarse en diferentes categorías. En primer lugar, los factores biológicos juegan un papel importante; por ejemplo, disfunciones en el cerebro, trastornos genéticos y lesiones cerebrales pueden contribuir a la aparición de estos desafíos. Además, los factores psicológicos, como problemas de atención, memoria o procesamiento del lenguaje, pueden dificultar la capacidad del individuo para aprender de manera efectiva. Por último, los factores ambientales, que incluyen condiciones de aprendizaje inadecuadas y falta de estimulación en los primeros años de vida, también son determinantes en el desarrollo de dificultades de aprendizaje.

Entender estas causas multifactoriales permite un enfoque más integral para apoyar a quienes enfrentan estas dificultades. Intervenciones tempranas, adaptaciones en el entorno educativo y el uso de estrategias específicas pueden mejorar significativamente el rendimiento y la autoestima de los estudiantes con dificultades de aprendizaje. Además, fomentar un ambiente inclusivo y comprensivo es esencial para ayudar a estos individuos a superar sus desafíos y alcanzar su máximo potencial. La colaboración entre padres, educadores y profesionales de la salud es fundamental para desarrollar un plan de apoyo adecuado que atienda las necesidades específicas de cada estudiante (Souza & Gómez, 2022).

Las dificultades de aprendizaje son diversas y pueden manifestarse de distintas maneras, afectando diversas áreas del aprendizaje y el desarrollo. Uno de los trastornos más conocidos es la dislexia, que se caracteriza por dificultades en la lectura, específicamente en la decodificación de palabras y la comprensión de textos. Las personas con dislexia a

menudo tienen problemas para reconocer palabras de forma fluida y pueden confundirse con letras o palabras similares. Esta dificultad puede llevar a una frustración significativa y a una baja autoestima, ya que el rendimiento académico en lectura puede ser significativamente inferior al de sus compañeros (Cobeñas, 2021).

Otro tipo de dificultad de aprendizaje es la disgrafía, que afecta la capacidad de una persona para escribir de manera legible y organizada. Esto puede manifestarse en problemas con la escritura a mano, como la forma de las letras, el espaciado entre palabras o la coherencia de las ideas. Los estudiantes con disgrafía pueden tener dificultades para expresar sus pensamientos de manera escrita, lo que puede impactar su rendimiento en clases que requieren tareas escritas. Además, este trastorno puede ir acompañado de ansiedad y frustración, ya que la escritura se convierte en un desafío constante (Irrazabal & Navarrete, 2023).

La discalculia es otra dificultad de aprendizaje que se centra en la comprensión de conceptos matemáticos y la realización de cálculos. Las personas con discalculia pueden tener problemas para entender números, realizar operaciones básicas o aplicar conceptos matemáticos a situaciones cotidianas (Morales-Gómez de la Torre *et al.*, 2024). Por otro lado, el trastorno del déficit de atención e hiperactividad (TDAH) implica dificultades para mantener la atención y el control de los impulsos, lo que afecta no solo el aprendizaje académico, sino también las relaciones interpersonales. Finalmente, el trastorno del procesamiento auditivo dificulta la capacidad de procesar la información auditiva, lo que puede afectar la comprensión del lenguaje hablado y la respuesta a las instrucciones verbales. Cada uno de estos trastornos requiere un enfoque específico para garantizar que los individuos reciban el apoyo adecuado y puedan desarrollarse plenamente en el entorno educativo y social (Granados *et al.*, 2022).

Por su lado, Souza & Gómez (2022) sostienen que ayudar a las personas con dificultades de aprendizaje comienza con un diagnóstico temprano, ya que la identificación precoz de estas dificultades permite que se implementen intervenciones adecuadas antes de que se conviertan en obstáculos significativos en el aprendizaje. Al reconocer estos desafíos a tiempo, los educadores y profesionales de la salud pueden trabajar juntos para desarrollar un plan de acción personalizado. Este enfoque no solo mejora el rendimiento académico, sino que también apoya el bienestar emocional del individuo, ya que recibir ayuda adecuada puede reducir la frustración y aumentar la confianza.

También Cobeñas (2021) menciona que las adaptaciones en el aula son esenciales para crear un entorno de aprendizaje inclusivo. Los docentes pueden ofrecer estrategias como extender el tiempo para completar tareas, implementar el uso de materiales visuales y auditivos que faciliten la comprensión, y proporcionar apoyo individualizado. Además, las terapias específicas, como la terapia del habla o la terapia ocupacional, pueden abordar habilidades concretas que necesitan desarrollo. El uso de tecnología de asistencia, como *softwares* de lectura y escritura, puede ofrecer herramientas que faciliten el proceso de

aprendizaje. Por último, el apoyo familiar es fundamental; la implicación activa de la familia contribuye al fortalecimiento de la autoestima y la motivación del estudiante, creando un círculo de apoyo que es vital para el éxito académico y personal.

En conclusión, las dificultades en el aprendizaje representan un conjunto de desafíos que pueden afectar significativamente el desarrollo académico y personal de las personas. Por ello, es crucial reconocer las diversas causas que subyacen a estas dificultades, desde factores biológicos hasta ambientales. Al entender los tipos más comunes de dificultades, como la dislexia y el TDAH, se pueden implementar estrategias efectivas para brindar apoyo. La intervención temprana, las adaptaciones en el aula, la terapia específica y el apoyo familiar son fundamentales para ayudar a las personas a superar estos obstáculos y alcanzar su potencial.

3.6. Importancia del aprendizaje en el contexto social

De acuerdo con Bonilla *et al.* (2020), el aprendizaje se nutre profundamente de su contexto social, ya que este no solo moldea la manera en que se adquieren conocimientos, sino que también determina la calidad y la relevancia de esos aprendizajes. Al interactuar con otros, los individuos tienen la oportunidad de construir el conocimiento de manera colaborativa, lo que permite que las ideas se examinen, discutan y desarrollen a través de diversas perspectivas. Este proceso de construcción social del conocimiento es esencial, ya que el aprendizaje no ocurre en un vacío, sino en un entorno donde las experiencias compartidas y las interacciones humanas enriquecen el contenido aprendido.

Intriago-Cedeño *et al.* (2022) detallan que el contexto social fomenta el desarrollo de habilidades interpersonales cruciales para el éxito personal y profesional. Al trabajar en grupos, los estudiantes aprenden a comunicarse efectivamente, a cooperar con otros y a manejar conflictos, habilidades que son fundamentales en cualquier ámbito de la vida. Esta interacción no solo mejora la competencia social, sino que también contribuye a la creación de un ambiente de aprendizaje inclusivo donde todos los participantes se sienten valorados y motivados para contribuir. Así, el aprendizaje se convierte en un proceso integral que va más allá del simple acto de adquirir información.

Finalmente, la diversidad de perspectivas que se encuentra en un contexto social rico en interacciones amplía la comprensión del mundo y fomenta un pensamiento crítico y flexible. Al colaborar con personas de diferentes orígenes y experiencias, se enriquecen las ideas y se desafían las suposiciones, lo que prepara mejor para la vida adulta, donde las interacciones sociales son inevitables. En última instancia, el aprendizaje socialmente construido no solo mejora el rendimiento académico, sino que también promueve el desarrollo personal y profesional, equipando a los individuos con las herramientas necesarias para enfrentar los retos de un mundo cada vez más interconectado (Bilbao *et al.*, 2022).

En este sentido, Franco-Sola y Figueras (2020) indican que comprender la importancia del contexto social en el aprendizaje tiene profundas implicaciones para la educación, especialmente en la forma en que se estructuran las aulas y las dinámicas de enseñanza. Fomentar la colaboración entre estudiantes es esencial; esto se puede lograr a través de actividades que promuevan el trabajo en equipo, como proyectos grupales y debates. Estas actividades no solo enriquecen el aprendizaje al permitir que los estudiantes intercambien ideas y perspectivas, sino que también ayudan a desarrollar habilidades sociales clave, como la comunicación efectiva y la resolución de conflictos. Al trabajar juntos, los estudiantes pueden explorar diferentes enfoques a los problemas, lo que enriquece su comprensión y los prepara para el trabajo en entornos colaborativos en el futuro.

La creación de ambientes de aprendizaje inclusivos es otra implicación crucial. Fomentar la diversidad y la inclusión en el aula no solo ayuda a que todos los estudiantes se sientan valorados y respetados, también enriquece el proceso de aprendizaje. Un aula diversa permite que los estudiantes aprendan unos de otros, escuchando y compartiendo experiencias que pueden ser diferentes de las suyas. Los educadores deben asegurarse de que el contenido curricular refleje esta diversidad y que todos los estudiantes tengan acceso equitativo a las oportunidades de aprendizaje. Esto implica no solo adaptar la enseñanza a diferentes estilos de aprendizaje, sino también incluir ejemplos y materiales que representen diversas culturas y experiencias de vida (Bonilla *et al.*, 2020).

Para terminar, es fundamental que la evaluación del aprendizaje sea integral y considere no solo los conocimientos adquiridos, sino también las habilidades sociales y el desarrollo personal de los estudiantes. Las evaluaciones tradicionales a menudo se centran en el rendimiento académico, pero es esencial incluir criterios que midan la capacidad de trabajar en equipo, la empatía y la adaptación a diversas situaciones sociales. Al hacerlo, los educadores pueden ofrecer una visión más completa del desarrollo de sus estudiantes, preparándolos no solo para el éxito académico, sino también para su futuro personal y profesional en un mundo interconectado. La evaluación debe ser un proceso continuo que refleje el crecimiento de los estudiantes en todas sus dimensiones, promoviendo así un aprendizaje más significativo y relevante (Intriago-Cedeño *et al.*, 2022).

En síntesis, la importancia del contexto social en el aprendizaje es innegable, ya que no solo enriquece la adquisición de conocimientos, sino que también fomenta el desarrollo de habilidades sociales esenciales. Al reconocer que el aprendizaje es un proceso colaborativo, los educadores pueden implementar estrategias que promuevan la inclusión, la diversidad y el trabajo en equipo. Este enfoque integral no solo prepara a los estudiantes para el éxito académico, sino que también los equipa para enfrentar los desafíos de la vida cotidiana, cultivando individuos más empáticos y colaborativos en un mundo interconectado.